

Alerce

Año 6, N° 54, febrero de 2019. Director: David Hevia

Cuando te conocí, fuimos Dante y Beatriz

“Hay que amar con valor, para salvarse. Sin luna, sin nostalgia, sin pretextos...”.

MARIO BENEDETTI

Para un mortal como yo, era difícil entender como aquel par de ojos color avellana se posaban sobre mi rostro. Un rostro común, nariz común, boca común, lentes comunes. Un don nadie paseando por Florencia en su gira de estudios. La profesora Hele nos pidió con estricto rigor: —Por favor, muchachos, permanezcan juntos. No estamos en el pueblo. Esto es Italia—. Lo remarcó tanto que casi ya podía hablar con la tonada. Pero nada de eso impidió que me perdiera en aquel famoso puente. El viento me acompañó de pé a pá. Siempre tuve una vida tan ajena de emociones y adrenalina, algunos me dijeron que beber o salir con distintas chicas me iba a convertir en un privilegiado del género. Pero preferí fundirme en Shakespeare, Poe, Borges, Cortázar... había más, pero la imagen de *aquella* moviéndose me intranquilizó aún más de lo que estaba desde que la vi.

Su cabello largo de un color cobre. Tenía grandes y hermosos ojos, lo sé porque fue tal el impacto de haberlos visto que difícilmente podría olvidarme de un detalle de este calibre. Vestía un paltó de muchos colores que llegaban hasta poco más debajo de sus muslos. Sus piernas delgadas se abrigan de unos *jumpsuits* que parecían ser de lana. Si es que existieran en ese mundo, claro. El tema era que, no tenía relevancia saber lo bella que lucía con los pocos adornos y su bella imagen. Lo que tocó mi alma —además de sus

ojos—, fue que en sus manos estaba leyendo “La divina comedia”. Yo quería pedirle que nos casáramos. No importa la PSU —pensé en mi mente mientras caminaba detrás de ella— iba a llegar a su lado y carraspear —la vieja confiable—, tal vez comentar lo envidioso que me sentía de Dante Alighieri, o simplemente expresarle que no había imagen más provocadora que una mujer con un arma tan letal como lo era un libro. Y no uno cualquiera, cabe decir.

Caminé a sus espaldas, ella iba derecha pero con su cabeza gacha —claro, seguro el mejor paisaje estaba en cada letra que leía—. Quedaba poco para que el puente se terminara. Giré el rostro y a lo lejos veía a mis compañeros tomarse *selfies* y a la profesora Hele gritándole a Jesús que bajara de la barra del puente: —¡Si te matas, nos matas a todos! —, le escuché decir a lo lejos. Volteé mi rostro para encontrarme nuevamente con la dueña de mi futuro —se vale soñar. Tengo dieciséis—. Ahora se situó de frente al puente aún leyendo. Caminé lento y sigiloso, no quería que volteara a mirarme de inmediato, si ella hacía algo como eso estaba acabado, no sabría que decir ni siquiera como saludar. El peor escenario —y que no advertí antes— es que ella fuese de otro país o galaxia y no supiera entenderle —pero ella está leyendo a Dante. Yo sé de eso—.

—¿Nos conocemos?— soltó, ella. Lo que más temí me azotó como un balde de agua fría. Ella aún miraba su libro y eso me ponía más histérico de lo que presumía. Mis manos sudaban frío y el viento en vez de ayudarme, me hacía lucir patético. Aclaré mi garganta porque, claro, tengo que responder: —Eh, no—, contesté. Sus ojos ahora sí me atacaron. Ella era veneno y antídoto, seguro tenía la capacidad de curar y asesinar al mismo tiempo. Yo no sabía muy bien en qué punto de esos estaba. Hasta que le vi esbozar una sonrisa, pequeña pero que iluminó mi rostro: —¿Sabes? Es bastante espeluznante que, sin conocernos estés siguiéndome por más de cuatro cuadras, *giovane*—. Si es claro que ella tiene toda la razón del mundo. Me encogí de hombros sintiendo la vergüenza expandirse hasta

mis orejas. Tosí: —Soy Dante. —me presenté. Con una mentira, pero lo hice. Ella alzó una de sus delineadas cejas y sonrió, *de nuevo*.

—Dante. ¿No eres de por aquí, verdad? — ella preguntó. Suspiré: —No... ¿y tú? —revolví. Ella asintió y me permití agregar: —¿Cómo se llama usted? —el mentón me temblaba de una forma vergonzosa. Mi primera no cita oficial y ya estaba siendo un tonto con potencia. Si se llama Beatriz, yo me caso. Sus orbes avellana me escanearon y luego de unos silenciosos segundos acompañados por el canto del viento, ella contestó: —Bea. —articuló, en respuesta. Su cabello cobrizo se meneaba de un lugar a otro. Podía casi oler la vainilla. Pero desperté de mi transe y tomé el peso de aquellas tres letras: —¿Bea? ¿Bea como de Beatriz? —solté, esperanzado. Ella medio sonrió y arregló su cabello desordenado dejándolo detrás de sus oídos: —Es solo Bea. —afirmó.

Mis rodillas temblaban. El viento ahora ya no era tenue, se había vuelto salvaje como todos mis sentimientos. Definitivamente me sentía tan perdidamente enamorado de ésta persona. Cualquiera podría venir a mí y decir algo igual a “no la conoces de nada” pero era tan errada dicha aseveración. Yo la conocía casi completa. Fanática de Dante, seguro. ¿Qué otra cosa podría esperarse de una chica Italiana, en el puente Santa Trinidad, leyendo “La divina comedia”? Es claro que la vida nos cruzó. Mientras pensaba todo esto —y la forma en que iba a pedirle que nos siguiéramos comunicando—, un sujeto se acercó a ella. Alto luciendo una gabardina azul príncipe. Traía en su mano derecha un paraguas ¿por qué iba a traer algo así, si solo había viento?

—*Bambina*, está haciendo helado ¿ya nos vamos a casa? —consultaba, él. Ni siquiera tuvo la decencia de mirarme. Tal vez el color de mi uniforme no era tan llamativo como su abrigo de anciano de los sesenta. Bea asintió en dirección al sujeto y luego volteó sus ojos hacia mí: —Cuatro calles más abajo, está el museo “Henry Holiday”, espero puedas encontrarlo. —me dijo. Yo no sabía si asentir o caer rendido a sus pies y suplicar coherencia. El hombre que estaba a su lado soltó un estornudo y ella volvió a asentir. Me sonrió y tomó la mano del sujeto y se marcharon. Ya a lo lejos vi que abrieron el paraguas y seguía diciéndome a mí mismo lo patético que era aquel usando un...

La lluvia cayó sobre mí tal y como si una nube burlona había llegado obediente a arruinarme, me sentí un estropajo, ni siquiera el polerón del curso me salvó. A lo lejos escuché el grito de la profesora Hele, ya no había nada más que hacer aquí. Me iba a girar para marcharme, cuando vi en la baranda del puente el libro que Bea estaba leyendo hace nada. Mis pies me vituperaron y corrí a tomarlo, cuando lo tenía en medio de mis dedos, vi la portada “La divina comedia”. Mi corazón estaba tan emocionado por este regalo sin siquiera dimensionar lo que aún me esperaba por descubrir. Lo supe sí, para cuando logré terminar de leer el libro, dos semanas más tarde.

Pág. 345. “Cuando te conocí, fuimos Dante y Beatriz” —Bea.

Isaac Suazo Concha



Blanco y negro

El que golpea es un viejo con sombrero de película de los años cincuenta, de esas en blanco y negro. Mamá no dice nada, simplemente abre la puerta. El hombre se detiene por un momento en el dintel de entrada, sus ojos cavernosos examinan cada rincón de la habitación, su mirada se clava en el mueble de las fotografías por un largo rato. Mamá entra en la cocina, yo le sigo. No hables, no preguntes: me dice. Él ya está sentado en el sofá, enciende el televisor. Mamá le lleva un té, él no da las gracias, ella no espera respuesta. Hasta ahora no se han dicho nada. El viejo, sin sacarse el sombrero, se queda dormido con el control remoto en la mano. Mamá sale a la calle, la espera la vecina, se abrazan y luego caminan.

Algunas canas se dejan ver, su cara arrugada, dedos deformes, uñas negras, pelos que escapan de la nariz y las orejas. La ropa que usa es anticuada, pantalones oscuros con finas líneas blancas, una chaqueta de solapa desgastada y una camisa blanca de cuello opaco. Zapatos negros, sin lustrar, cordones deshilachados. Emanan un olor a humedad, a humo, a pan con cebolla; a pobreza. Mientras duerme abre la boca, no tiene muelas, solo algunos dientes. Un lunar asoma en su cuello.

Mamá vuelve, yo la sigo, comienza a cocinar. No me mira. Ajena a mi presencia, saca las compras de una manera tan lenta que parece no tener ganas de hacer aquel trabajo. Abre cajones, toma ollas y prepara la comida. Enrepollado, es la cena para hoy, una combinación de repollo cocido, papas, carne y tocino. Es la primera vez que lo hace. Saca el mantel y servicio que solo usamos en Navidad. El Viejo, no es cualquier *viejo*. Está servido, dice ella. Él se pone de pie, todavía con sombrero. Camina al parecer con algo de dolor, porque a pesar de los pocos pasos que hay desde el sofá a la mesa, se toca varias veces la espalda. Sentarse también se torna un suplicio. Toma aire y huele; un gesto epifánico pasa por su rostro. El levanta la cabeza para mirarla, ella le quita la vista, pero al rato también lo observa. Ambos, sin quitarse los ojos de encima, acercan la mano a la cuchara, como los vaqueros en un duelo. El viejo parpadea, mamá aún lo mira, mamá ha ganado. No entiendo nada. Le dice que puede quedarse en mi pieza, que yo dormiré con ella. Espero que no agarre mis libros, nadie los puede tomar. Es la primera vez que el viejo me mira, sus miradas solo indican cansancio. En la cama, mamá me toma la mano, me acaricia y luego me abraza. Solo ella puede tocarme, a los demás no les dejo.

Me levanto, ella aún duerme. En el cuello también tiene un lunar. Sobre la mesa hay un montón de billetes. Cerca de las fotografías, el sombrero, en blanco y negro.

Jardín

Llevo tiempo deseando dejar este mundo, este cuerpo que no responde. Recordando lo que fue una vida; un futuro que no será. Llevo años sin hablar, sin mover un dedo, sin que me entiendan, humillada día tras día. El joven de la mañana levanta las sábanas, saca mis porquerías y luego me limpia. Pasa un paño por aquellos labios donde antes hubo dedos, bocas y manos que me enloquecían, ¡manos, manos ¿dónde están mis manos?! No puedo gritar ¿acaso perdí mi voz? Por la noche viene una señorita. Ella me mira, acaricia mi mejilla y luego llora, siempre llora. Yo no sé qué hacer con usted,

señora, ayúdeme a resolver este problema. Si le hablo, solo tengo una pregunta por hacer, señora. Las lágrimas son por mí o por ella, no la entiendo, pero cómo hacerlo si nunca me ha dicho una palabra. El joven de la mañana no para de parlotear, pero ella sin decir nada está más cerca de mis pensamientos. ¿Acaso tendremos la misma idea? No le hablo, porque no me atrevo a preguntar, a preguntar lo que usted, señora, no podrá responder. Sé lo que quiere, señora, y estoy dispuesta a hacerlo. Cada vez que la veo en su cama acostada en una posición que no eligió, me pregunto cuánto extraña su libertad. Señora, esclava de la muerte, dígame si quiere ser libre. Hoy no ha venido nadie, *estoy en un jardín, hay un jardín*.

Treinta y nueve azotes

El animal ya no podía más. El hombre debía hacer la entrega. Montado en la carreta fustigaba al caballo; no se movía. Desesperado bajó para hablar con él, acariciando su cabeza, mas un nuevo flagelo brotó de su látigo. Ambos miraban al cielo pidiendo explicaciones, como si Dios fuera el culpable de sus vidas. Amo y esclavo, ¿quién era quién? Un nuevo movimiento de manos y el cuero caía sobre el lomo del que fuera corcel. Le hizo promesas: “está será la última vez, luego podrás descansar, viejo amigo”. El compañero seguía estático. Solo faltaban unos pocos kilómetros; de no cumplir con el contrato lo perdería todo. La mancha blanca de su cabeza apuntaba al suelo, las siguientes agresiones con el rebenque tampoco dieron resultado. El hombre sabía que ya estaba todo perdido; sin embargo, siguió torturando al jamelgo una y otra vez. Con el golpe treinta y ocho cayó agonizante. El carretón volcó, las calabazas rodaron por todas partes. No pudo controlar la turba que, embrutecida, tomaba los zapallos. Miró al animal casi muerto, su carro vacío. Con furia

descomunal, un último azote mató al pinto.

Compraventa reflexiva

Adelante, por favor. La tienda está a su disposición, cualquier consulta no dude en preguntar... Claro, tengo algo más que estos espejos; en la habitación contigua tengo la colección completa de la señora Hipólita, reconocida en el medio por los maravillosos productos que promocionaba, pero usted sabe el vicio se la llevó, creo que llegó a fumar casi cuarenta cigarrillos diarios... ¿¡No le gustaron!?, no como para comprarlos, están a mitad de precio de todas maneras, quizá si los mira otra vez. ¡Ah!, no es lo que busca, alguna pista de lo que desea... Mire, tengo algunos que van por ese lado, por ejemplo: “espejito, espejito”. Tengo uno hecho con el agua del lago de Narciso y, por supuesto, aquel en el que usted siempre se ve joven. Pase por aquí, véalos con toda confianza... Maravillosos, solo a selectos clientes les muestro estas joyas. El precio es alto, pero usted comprenderá... ¿le interesa alguno?... Pero no se preocupe, estamos para ayudarlo y mientras no encuentre el producto deseado no descansaremos. La tienda aún tiene secretos para usted. Le mostraré el espejo que precisa para sus deseos, por favor, sígame... Cuidado, el sexto peldaño tiene algunos problemas, lo mejor es que lo salte, ya casi llegamos. A la habitación entrará solo, este diamante solo refleja un cliente a la vez. Dos minutos serán suficientes para que aprecie la característica especial del producto y para que note que es exactamente lo que desea... ¿Cómo, ya se va?, ni siquiera llegó al final, tiene que dejar que él termine. Faltaba muy poco para que pudiera reflejar toda la verdad.

Leonel Huerta Sierra

